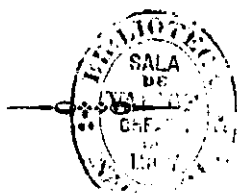


RECUERDOS  
**DE HUMBOLDT**

POR

**ARISTIDES ROJAS.**



REIMPRESION DE "LA OPINION NACIONAL."

---

PUERTO-CABELLO

IMPRESA Y LIBRERIA DE J. A. SEGRESTÁA  
80 - CALLE DE COLOMBIA - 80

1874

H-A  
67234

H-A  
67234

R

251351

HA  
67234

RECUERDOS

**DE HUMBOLDT.**

POR



**ARISTIDES HOJAS.**



REIMPRESION DE "LA OPINION NACIONAL."



PUERTO-CABELLO

IMPRESA Y LIBRERÍA DE J. A. SEGRESTÁA

CALLE DE COLOMBIA, N.º 80.

1874

*C. por Secretaría en 7 de Marzo de  
1881.*



AL

D.R. DOLFO ERNST,

HOMENAJE AMISTOSO

DEL AUTOR.







¿Qué nombre darán al siglo XIX las futuras generaciones? ¿Será el siglo de Napoleón, quien conmueve, durante quince años la Europa, derriba tronos, crea dinastías, funda la aristocracia del sable, cambia el mapa de un continente, y cae, para hundirse en una roca del océano que le sirve de espaciación y de tumba? ¿Será el siglo de Bolívar, quien, después de una lucha de titanes, transforma la mitad del Nuevo Mundo, funda nuevas nacionalidades y lleva su estandarte victorioso hasta los más elevados pueblos de la Tierra, repitiendo las proezas y episodios de la conquista española? ¿Será finalmente el siglo de Humboldt, quien durante setenta años, de pie sobre el pedestal de la civilización universal, domina con sus miradas todos los horizontes de la idea, y tiene por teatro de sus conquistas océanos y continentes, y el firmamento estrellado que sirve de corona á su gloria?

Napoleón desaparece como un meteoro, y á su caída recupera el mundo su equilibrio: maldiciones le acompañan á la tumba, y la historia que le enaltece, le condena. Bolívar cruza igualmente las regiones de América como un meteoro: pueblos libres le saludan en la cumbre de su gloria; pero águila asfixiada entre la vociferación de los partidos, por las pestilentes emanaciones de la calumnia, desciende para hundirse solitario á orillas del océano. Tuvo una desgracia; la de haberse anticipado en un siglo á sus coetáneos.

Cincuenta años han pasado, y Napoleón, en la apoteosis, tiene por juez inexorable la historia que le juzga, en su grandeza que fascina y en sus errores que sorprenden. Mas afortunado Bolívar se levanta de su tumba, para exhibirse al mundo como un astro después de la borrascosa, radiante, en medio de la conquista que él solo realizó y que le levanta á la más grande altura de la historia.

De los tres principales genios que llenan las páginas del siglo XIX, Napoleón y Bolívar desaparecen en medio del torbellino político: la muerte los arrebató jóvenes, como para entregarlos, vigorosos, á la posteridad. Solo á Humboldt estaba reservado adorme-



cerse: él no sucumbe, sino se ausenta. La muerte lo reclama cuando ya las fuerzas físicas se estinguen y la materia solicita nuevas formas. Su espíritu entónces, como un faro de luces multiformes, saluda por la última vez los dilatados horizontes, y se oculta á las miradas del mundo. Su apoteosis, que habia principiado durante la vida, le acompaña en su sueño: y quince años no habian pasado cuando ambos mundos celebran el primer centenario del sabio.

Durante tres cuartos de siglo, Humboldt tiene por teatro el Cielo y la Tierra: pueblos y reyes por auditorio; por escalas los Andes y el Himalaya, y tres generaciones por cortejo. Aparece como la Pitonisa del progreso, y estendiendo sus brazos á proporcion que conquista, domina al fin el mundo. Durante su vida ha llevado, sobre sus hombros, el Cosmos; y cuando fatigado, ya con los cabellos canos y las fuerzas debilitadas, reclama el descanso, la muerte viene á su encuentro para despojarle de tan pesada carga.

Todo ha pasado durante el siglo actual como visiones de tempestad. Solo á Humboldt estaba destinado contar las horas del tiempo y marcar en el reloj de la historia la caída de los imperios y el renacimiento de los pueblos. Él fué el alma del progreso y el Nestor en las fecundas metamorfosis del espíritu humano. Asiste á las grandes conquistas de la civilizacion moderna: la independencia de la América del Norte: la muerte de Washington; la gran Revolucion francesa y el nacimiento del Consulado; el advenimiento de Napoleon el grande, y la libertad de Sur América. Contempla á Bolívar en su nacimiento, vé desmoronarse el gigante de Córeega, saluda á los reyes constitucionales, vé levantarse de nuevo la República francesa y el segundo de los Napoleones, y desaparece cuando su patria se prepara á ese duelo de titanes que debia verificarse, diez años mas tarde, entre los dos grandes pueblos que se disputan hoy el imperio del mundo.

Desde el Teyde al Vesubio, desde los Alpes al Himalaya; en los desiertos de Asia y en las llanuras y bosques del Nuevo Mundo; desde el Mississipi al Amazonas y á los afluentes del Plata; desde el Cotopaji y Chimborazo hasta el Popocatepetl; en las cumbres nevadas y en los llanos abrasadores, y á orillas de los grandes lagos y sobre la lava de los viejos volcanes, por todas partes, ha dejado su nombre. Un dia pisa las rejiones del Orinoco, evoca la sombra de Colon y traza el camino que debia seguir Bolívar. Estos tres grandes hombres, que resumen toda la historia de Sur América, los reúne la casualidad en una misma rejion: la única del continente que debia conocer el intrépido genoves; aquella donde Humboldt

debía principiar sus grandes exploraciones: Orinoco, donde debía Bolívar decretar la libertad de Colombia, soñar con la libertad de América y lanzar un reto á muerte á los conquistadores del Nuevo Mundo. Estaba escrito que de estos tres hombres providenciales, Colón desaparecería de la escena, y que los otros continuarían en solicitud del Chimborazo; el uno para cantar desde la altura la epopeya de la naturaleza americana, el otro para clavar en el corazón del gigante el estandarte tricolor que había conducido, en triunfo, de uno á otro mar.

Pero, á pesar de tanta grandeza, Humboldt no dará su nombre al siglo XIX; ni será tampoco el siglo de Napoleón, ni el de Bolívar; que cuando una época es fecunda en grandes hombres y en elocuentes conquistas, una parte del drama no puede sintetizar el conjunto armonioso de la obra. El siglo de la emancipación del espíritu, este será el nombre que dará la historia á esta época de glorias que nace en medio de los resplandores de la revolución francesa, y continúa, sin ocuparse de cuál será su fin. La emancipación del espíritu; la inteligencia humana en sus grandes conquistas físicas y morales: la voluntad nacional sobre las preocupaciones y los absurdos; la libertad y el deber como bases de todo progreso, y la lucha constante de las sociedades, que exhibe cada día hombres ilustres en todos los países del mundo: este es el siglo XIX, múltiple en sus ideas, en sus géneos, en sus adelantos y en sus tendencias.

Uno de los caracteres más notables de la civilización moderna es el influjo que cada revolución y cada uno de los hombres que la han presidido, ya en el orden físico y moral, como en el orden científico y filosófico, han tenido sobre las tendencias de la sociedad actual. Humboldt no está solo en el teatro de sus conquistas. Pocos hombres han tenido, como él, la fortuna de encontrar numerosos biógrafos en todos los países, y ovaciones espontáneas á su memoria y á sus obras de parte de todos los pueblos civilizados. La celebración de su primer centenario deja atrás, por su universalidad y tendencias, á cuanto se ha hecho, hasta hoy, en lugares muy limitados del Viejo Mundo; y el influjo que su solo nombre ejerce sobre los espíritus pensadores no se palpa sino en el estudio de ambos hemisferios y en las tendencias prácticas de los estudios científicos. Independientemente del influjo que él ha ejercido en todos los países, basta considerar el movimiento científico alemán para comprender, en todo su esplendor, las brillantes adquisiciones del siglo, desde que Humboldt trazó con mano maestra la vía se-

gura del progreso humano. Si dejamos de un lado todos los hombres de diversas nacionalidades que han continuado sus investigaciones sobre todos los ramos del saber humano, así en Europa como en Asia, Africa y Norte América, y nos detenemos en la América latina, tendremos que admirar esa pléyade alemana que se ha fundido en las diversas nacionalidades del continente, aceptando, como aceptó Humboldt, la América como una segunda patria. No pueden ya separarse de la historia del Brasil los nombres de Varnhagen, de Maximiliano de Neuwied, ó los de Spix y de Martius: los hermanos Schomburgk han dejado los suyos en las regiones del Orinoco y del Esequibo: la fauna del Amazonas y del Plata aparece en todo su esplendor en los trabajos y exploraciones de Burmeister: Buschmann y Gabelentz han sacado del olvido multitud de lenguas indígenas: los hermanos Philippi han hecho de Chile una segunda patria, y la naturaleza andina se levanta en relieve al influjo de estos exploradores incansables: Pœppig ha unido á sus trabajos sobre Chile, sus investigaciones sobre las dilatadas rejiones del Amazonas: Tschudi ha penetrado en las huacas peruanas para revelarnos la grandeza de las antigüedades incas y todo el pasado de uno de los grandes imperios de América: la zoología del Paraguai se ostenta en los trabajos de Rengger: los insectos del Surinam brillan bajo la pluma de una mujer, Maria Sibila Merian, cuyos estudios han servido de tema á las inmortales páginas de Michelet: Wiegmann y Lichtenstein han estudiado la fauna mejicana, mientras Schiede y Deppe han revelado las riquezas de su flora. Heller ha estudiado las plantas de la América central, Frantzius las de Costa Rica: Seemann las de Nicaragua y Panamá: Appun las del Orinoco; en tanto que Wagner ha trepado los Andes de Centro América y del Ecuador, y Stübel y Riess los de Colombia para estudiar la geología de sus volcanes y las metalíferas formaciones de sus terrenos: últimamente Karsten ha enriquecido la ciencia con sus inmortales trabajos sobre la geología de los Andes y la flora de Colombia, en tanto que Grisebach ha inmortalizado con los suyos el dilatado archipiélago antillano.

Y para limitarnos de una vez á Venezuela, ¡cuántos alemanes pensadores é ilustrados han contribuido con sus viajes y exploraciones despues que Humboldt visitó nuestras playas, al conocimiento científico de esta rica seccion del continente! Ahí están los importantes trabajos de Schomburgk, y las contribuciones de Tams, de Otto, de Gollmer, de Wagener, de Moritz, de Engel, de los hermanos Fendler y de Birschel: Karsten ha realizado la flora andina

é interrogado los terrenos volcánicos: Appun acaba de publicar su estensa exploracion en el Orinoco: Gœring ha hermosteado el arte con sus paisajes de la naturaleza venezolana y enriquecido la ornitología con sus estudios prácticos, y últimamente el Dr. Ernst, para quien escribimos estas pájinas, culto á la memoria del grande Humboldt y recuerdo al amigo, sigue las huellas de sus predecesores, estudiando la flora del Avila y del valle de Carácas y contribuyendo con ilustradas elucubraciones al progreso de las ciencias naturales en todos sus ramos.

No hai pais de la América española, desde el Cabo de Hornos hasta las montañas Rocallosas, donde no haya penetrado alguno de los zapadores de Humboldt.—Sus bosques, sus desiertos, sus llanuras, los Andes con sus volcanes y nevados, los rios con sus selvas, donde la vida orgánica es como un eterno canto que eleva al cielo la naturaleza tropical; por todas partes ha penetrado la ciencia germana y ha estudiado la roca y el vegetal, el animal y el hombre, la estadística, la riqueza y la historia de América.

He aquí los hombres de Humboldt. — Unid á estos los nombres que hemos omitido, los que en las diversas rejiones de Norte América y del Viejo Mundo interrogan la naturaleza y la historia del hombre y tendreis la constelacion germana que tiene por radiante á Humboldt y por teatro la sociedad moderna.

Hai paises que nacen con un privilejio concedido por Dios; tal es la Alemania, que tiene aptitudes para todas las necesidades, que introduce su industria y comercio en todos los paises del globo, que al civilizar enseña, que explora, difunde, fraterniza con todos los progresos y se levanta á la altura de todas las tendencias del siglo.

Tal nacion es digna del hombre providencial que ha dejado su nombre, como un rico legado, á las generaciones futuras, y quien, segun la feliz expresion de Varnhagen, trepó las mas altas cimas de la gloria, de la misma manera que habia trepado las mas altas cimas de la Tierra.

---

Humboldt pisó á Carácas en 21 de Noviembre de 1799. Acababa de visitar las rejiones de Cumaná, en las cuales habia contemplado la vejetacion de Paria, el cielo azul y sereno de Oriente y se habia familiarizado con multitud de fenómenos desconocidos para él hasta entónces. Encontrábase tan satisfecho de su primera exploracion en el continente y tan reconocido á las finas atenciones de que habia sido objeto, ya de los empleados del gobierno, ya de

las familias venezolanas que habian tenido la hora de tratarle, que parecia encontrarse poseido de esa placidez que alienta el trabajo y aguza el espíritu, cuando este tiene que reconcentrarse en el filosófico estudio de los grandes fenómenos de la creacion.

Brillante acogida dió la sociedad de Carácas al ilustre viajero. Cuanto habia en ella de mas distinguido se apresuró á conocerle y tratarle. Con recomendaciones tan amplias y valiosas como las que habia traído de la corte de España, Vasconcelos, capitán general de Venezuela, hombre adusto y limitado, pero caballeroso y cumplido, se puso á disposicion de Humboldt, facilitándole noticias y allanándole todos los inconvenientes que se opusieran al libre y concienzudo estudio de la provincia venezolana. Todas las autoridades secundaron estas miras, en tanto que la culta sociedad de Carácas, si bien impotente para ilustrar los estudios del sabio, abundaba en esa galantería que cautiva sin ilustrar y que flexible como las lianas en torno á los grandes árboles, imprime cierta gracia á las mas solemnes situaciones de la vida.

Humboldt quedó cautivado de la buena sociedad de Carácas, á los pocos dias de su llegada. Al mismo tiempo que interrogaba y estudiaba la Naturaleza en union de Bonpland, frecuentaba el agradable trato de todas las familias que le habian recibido, con esa benevolencia injénita, que es una de las virtudes sociales de nuestros pueblos. Conducido, como en triunfo, de casa en casa, porque para todos fué honra el recibirle, limitóse á poco á un grupo de familias, cuya sociedad debia frecuentar mas por el contacto, casi diario, que tenia con sus jefes. Eran estas familias las de Uztáriz, Ibarra, Toro, Avila, Soubllette, Tovar, Montilla, Sauz, Blandín y otras mas, que ligadas por el parentesco y los vínculos de la amistad constituían un grupo social donde brillaban los espíritus talentosos de aquella época. Humboldt se hallaba, en medio de este grupo, tan lleno de cultura y de virtudes domésticas, y el cual frecuentaban las principales autoridades españolas, como un jóven patriarca á quien eran rendidas todas las atenciones, y á quien todos escuchaban con esa veneracion que inspira el talento brillante y la bondad de un carácter tan franco como expansivo. Humboldt hablaba ya el español lo suficiente para sostener una conversacion animada, y aunque algunas de las señoritas y caballeros de sus tertulias favoritas conocian mui bien el frances, prefirió el habla castellana, porque deseaba perfeccionarse, como él decia, en el conocimiento de una lengua tan dulce y armoniosa como rica y sencilla.

¡ Cosa singular ! El sabio no habia encontrado en Carácas ni

instrucción general, ni publicaciones de la prensa, que son en todos los países el termómetro de la cultura intelectual de un pueblo; ménos aún, ideas de progreso de parte de autoridades retrógradas é ignorantes, destinadas mas bien para custodiar un rebaño de ilotas que para gobernar un estado tan favorecido por la naturaleza y donde abundaban los talentos y hombres caballerosos. Sin embargo, á pesar de esta ausencia de progreso científico, encontrábase un grupo de hombres ilustrados, bibliotecas privadas, conversacion amena y talentos que en el silencio del oscurantismo se habian educado á solas, sin haber tenido que apelar al claustro de una Universidad, que tenia mas de convento que de instituto literario.

Humboldt encontró en las familias de la capital decidido gusto por la instrucción, conocimiento de las obras maestras de la literatura francesa é italiana, notable predilección por la música, que cultivaban con buen éxito, y la cual, segun él escribió en sus viajes, sirve, como lo hace siempre el cultivo de las bellas artes, de centro de union que acerca las diversas clases de la sociedad. Fuera de estos ratos amenos y de las conversaciones ilustradas de algunos de sus mejores amigos, Humboldt no encontró como representante de la ciencia del Cosmos, en Carácas, sino á un anciano venerable, el Padre Puerto, franciscano, que calculaba en el silencio del claustro el almanaque para las provincias de Venezuela, y quien segun la confesion de Humboldt, tenia nociones exactas del estado de la astronomía moderna.

De mañana, y una que otra vez al caer el sol, Humboldt y su compañero salian á los campos y alrededores de Carácas, para herborizar y recojer rocas, estudiar los terrenos, penetraudo como niños curiosos en todas las veredas, quebradas y sitios salvajes en solicitud de todo aquello que se ocultaba á sus miradas. Unas veces á caballo, hasta los lugares en que los criados y peones debian cuidar de las bestias, otras á pié, Humboldt frecuentó los caminos y pueblos cercanos á la capital; pero hai un sitio que desde el principio fué el tema de sus predilecciones: las vertientes del Avila, Anauco, Blandin, Catuche, Chacao y las haciendas que lindan con las orillas del Guaire, al oriente de Carácas. Al regresar de las escursiones se almorzaba ó comia en la hacienda de los Avilas, en Blandin, ó en el hermoso parque de Bello Monte, propiedad del señor D. Andres Ibarra, con cuya familia y hermanos le ligaba una estrecha amistad.

Al pasar la casa actual de la hacienda de Bello Monte, en el camino de Sabana Grande, el viandante se encuentra á pocos pasos

con un callejón lleno hoy de maleza y de bucares, que dan sombra al café. — En la altura de una eminencia, á manera de meseta, se presentan de pronto arcos y columnas, en ruina, cubiertos de vejección salvaje, y hermosas gradas que conducen á la parte superior de aquel recinto solitario y melancólico. Fué en este lugar donde estuvo la romántica vivienda del parque, rodeada de jardines y miradores, con animales curiosos, juegos de agua y graciosas palmeras, que unidas á arbustos y árboles frutales siempre verdes, parecían coronar con sus penachos flotantes aquel templo de verdura tropical. — Detrás de la casa y en el fondo del campo había un bosque que servía para las escursiones de los cazadores, y el cual se extendía hasta cerca de las orillas del Gualre: era un lugar de meditaciones, mientras delante de la casa, y en una portada al pié de la primera escalinata, un reloj de sol marcaba las horas del tiempo. Este reloj había sido un obsequio de Humboldt á su digno amigo, el señor Ibarra, quien, en vista del dibujo exacto trazado por el sabio, había hecho esculpir una copia del modelo: es un cuadro de mármol de Carácas, de 61 centímetros de diámetro con 4 de espesor, y con muestra por ambas caras. (\*)

Era Bello Monte un sitio de recreo, en el cual la abundancia se unía á los modales graciosos, el trato afable y culto, á la hospitalidad espontánea y franca. Humboldt se encontraba allí como en su patria, y sus frecuentes visitas á la familia Ibarra atestiguan que no era indiferente á los obsequios que recibía. Tan luego llegaba Humboldt, ya de las escursiones, ya directamente de la capital, los criados de la casa se apresuraban á abrir la puerta del coche ó tomar las riendas del caballo, en tanto que la familia llena de satisfacción, descendía las primeras gradas para estrechar las manos del ilustre huésped y conducirlo á la sala de recibo.

Al hablar de estas ruinas, que por tantos años han resistido á la acción del tiempo, la pluma se detiene y el espíritu se reconcentra evocando las imágenes de lo pasado. El pasado es siempre elocuente al corazón humano: pero cuando en las ruinas de la naturaleza está también la historia del hombre, cada roca, cada planta, cada suspiro del viento entre los muros derruidos, despierta un recuerdo; porque las ruinas son, en todos los países de la tierra, un libro que nos refiere á cada instante los episodios de la infancia, de la familia y de la patria.

En una noche de Enero de 1800, el jefe de la familia Ibarra

---

(\*) Este precioso recuerdo de Humboldt pertenece á la muy estimable familia Alderson, dueña, hasta ahora poco, de la hacienda Bello Monte.

quiso obsequiar á Humboldt de una manera campestre, y al efecto se preparó un baile al cual asistieron muchas de las señoritas y caballeros de la capital. Eran los días de Reyes, cuando los campos se animan y el corazon, lleno de júbilo, saluda el nuevo año que es siempre una esperanza. Comparsas bulliciosas llenaban con sus cantos nacionales las aldeas y los caminos vecinos á Sabana Grande; farolillos en las ramas de los árboles daban al bosque y á los jardines del parque un aspecto fantástico, en tanto que graciosas arañas en el salon de baile, bellamente adornado, y cortinas y festones en las arcadas del edificio hacian aparecer todo aquel recinto como una mansion de hadas. La belleza de la noche estrellada y plácida, el perfume de los campos, la alegría de los danzantes, la variedad de obsequios con que Humboldt era festejado, todo contribuia á hacerle felices aquellas horas de su vida, que debian quedar grabadas en su memoria como uno de los mas placenteros recuerdos de Carácas. Humboldt admiró aquella fiesta nocturna; pero lo que mas cautivó su atencion, fueron las estrofas nacionales de las comparsas campestres, que de las aldeas vecinas vinieron á recitar sus endechas en torno á la casa del parque. El ruido de las *maracas*, en union de los *cinco*s, el solo de cada bardo y los coros de los acompañantes, en todo este conjunto lleno de gracia española é indijena admiraba Humboldt la mezcla de dos civilizaciones que, despues de las luchas de la conquista, principiaban á fundirse. La poesia primitiva de todos los pueblos produce siempre un encanto agradable en el espíritu del hombre civilizado; pero la nuestra, que debia Humboldt encontrar en toda su orijinalidad en los llanos de Venezuela, despierta cierta melancolía, que parece ser la triste reminiscencia de un pasado indijena.

Doce años despues de aquella noche de júbilo, una ruina inevitable amenazaba la casa de Bello Monte: eran los días en que las familias de la capital, huyendo á los campos, y horrorizadas por los constantes sacudimientos de la tierra, buscaban un asilo bajo los árboles y aguardaban con resignacion, se aplacara lo que ellas creian ser la cólera celestial, para regresar á sus hogares convertidos en ruinas. Desde aquel instante se destechó la casa del parque, para fundar la que actualmente existe. Para aquel entónces la guerra principiaba á segar la flor de los talentos venezolanos. De los amigos de Humboldt, unos desaparecian bajo las ruinas del terremoto; otros iban á sucumbir en los cadalsos y el destierro, los mas en los campos de batalla; y aquella juventud inocente, los hijos, los sobrinos y deudos de los amigos que le obsequiaban, y que asis-

tian al festin, sin darse cuenta del porvenir, debian igualmente desaparecer unos, sobrevivir otros para poder relatarnos los sublimes episodios de los tiempos orféticos.

¿Quién hubiera dicho, en aquella noche, á Humboldt, que sesenta y ocho años mas tarde, en la misma mansion convertida en escombros y bajo la sombra de las *erythrinas*, cuando ya no quedaba de sus amigos de Carácas sino el recuerdo, vendria uno de sus mas ilustrados admiradores y compatriotas, el Dr. Ernst, para celebrar en nombre de la Alemania progresista, el centenario del sabio? ¿Quién le hubiera dicho, que las bujías del festin serian sustituidas con los hachones campestres y que al májico resplandor de estos y envuelta la multitud por los misterios del pasado, se dejaria escuchar la voz de la admiracion en su triple homenaje á la vida, á la muerte y á la gloria?

Celebrar á Humboldt en los mismos lugares donde habia pasado tan felices dias ¿no es unir el pasado al presente por medio de recuerdos llenos de gloria y de amargura, pero tambien de noble orgullo y de enseñanza? Un escritor aleman, al hablar de esta fiesta, al insertar las elocuentes palabras con las cuales evocó Ernst la augusta sombra de Humboldt, concluye con aquellos conceptos de Goethe en el *Tasso*: “Los lugares donde ha morado un hombre eminente, quedan consagrados para siempre: los siglos pasan, pero la posteridad se encarga de repetir el eco de su nombre y de sus acciones.” (\*)

Mas adelante de Bello Monte y á la izquierda de Chacajto está el jardin y arboleda de SANS SOUCI. Era este bello campo, á fines del siglo pasado, una mala estancia llena de árboles frutales; pero tan luego como la compró el señor Cárlos Arvelo, uno de los jóvenes progresistas de aquella época y amigo de Humboldt, todo principió á transformarse, siendo, á poco andar, un lugar de recreo, por sus arboledas, jardin y sementeras de café. Humboldt habia manifestado á su jóven amigo el deseo que tenia de que aquel pintoresco sitio llevara el nombre de *Sans Souci*, lo que concedido con gusto, motivó que el mismo Humboldt trazara el nombre, que se conservaba hasta ahora poco en la corniza de la entrada. Al querer conservar en el Valle de Carácas un nombre que recordara al gran Federico de Prusia, quiso Humboldt dejar tambien algo que recordase á Postdam, lugar de su infancia y juegos juveniles, lugar donde debia pasar su senectud hermoseedada por la gloria.

---

(\*) *Weser Zeitung*. 1872.

De día recibía Humboldt visitas y estudiaba sobre los instrumentos, clasificaba plantas y animales, redactaba sus notas de viaje y se comunicaba con sus amigos de Europa. Instrumentos, planos, mapas y libros por todas partes, y los trofeos de cada escursion daban á sus salas un aspecto de museo, al que contribuian los venezolanos con lo poco que cada cual podia conseguir. Los amigos de confianza eran recibidos en medio de la fajina científica, y tanto Humboldt como Bonpland se familiarizaron con esta tertulia en la cual no faltaban los chistes y ocurrencias oportunas. Habíase dado á los viajeros una casa espaciosa en la plaza de la Trinidad mas arriba del puente. Al pié de la bajada occidental que conduce al Catuche, estaba el parque de artillería; y todavia se divisa en la hondonada la derruida garita; miéntras en el extremo opuesto, en el ángulo que cruza hácia los cementerios, estaba la casa de Humboldt. Tan cómodo se encontró en ella, que no se causaba de elojiar un sitio, desde el cual dominaba á la vez las crestas y alturas del Avila, toda la ciudad de Carácas y los alegres valles del Guaire; estaba en el punto en que el pavimento de la Trinidad, la cima del Calvario y el pié de la estatua de la torre de Catedral forman un triángulo, cuyos lados están á un mismo nivel. Encontrábase por lo tanto, en las mejores condiciones, para estudiar el cielo y las alturas de las montañas vecinas á la capital.

“Nuestros amigos ya no existen, exclamó Humboldt con dolor, al saber la catástrofe de Carácas en Marzo de 1812. La casa que habitábamos es un monton de escombros, la ciudad que he descrito ha desaparecido”... Setenta y tres años han pasado, y ya la ciudad de ruinas ha vuelto á levantarse, mas la casa de Humbolt yace aún en escombros... ¿Qué importa si su preclaro nombre brilla en la historia del Cosmos y sus obras serán mas duraderas que el mármol?

Por la tarde, Humboldt salia en calesa acompañado de Vasconcelos ó con alguno de los amigos de confianza. El paseo no tenia entónces un interés científico sino de pura distraccion. Ya se dirijan á los alrededores y calles de la ciudad, ya al pueblo de la Vega y ya en fin á Bello Monte, ó al interesante sitio de Blandin, uno de los lugares que mas frecuentaba Humboldt, porque en él encontraba siempre caballeroso y amable, al señor Blandin, dueño de la posesion, y jefe de una respetable familia que sabia unir la gracia francesa á la hospitalidad venezolana. Como entónces no habia en Carácas sino media docena de calesas á lo sumo, y todas ellas tiradas por mulas, que era la moda en la capital, preferíase en algunas tar-

ñes salir á caballo, y la cabalgata, en este caso, era embellecida por algunas Amazonas tan llenas de donosura como ágiles en el manejo de la rienda. La cabalgata se dirigía con frecuencia á los lugares indicados, y á su regreso tocaba en las que hoy son ruinas de San Lázaro, donde existía un palacio bellamente arreglado, con sus pintorescos jardines y juegos de agua. Este edificio que servía á los capitanes generales para obsequiar á los viajeros ilustres que por casualidad visitaban á Carácas, fué en todo tiempo lugar de recreo, cada vez que un grupo de familias querían reunirse para danzar ó pasar un día de campo. En él comían con frecuencia Humboldt y Bonpland y recibían de Vasconcelos atenciones tan merecidas como delicadas. “Si tenemos justos motivos de satisfacción, ha escrito Humboldt en sus viajes, por las ventajas de nuestra vivienda, los teníamos más de la acogida que nos daban todas las clases de la sociedad; y es un deber para mí citar la noble hospitalidad que ha ejercido con nosotros el jefe del gobierno, el señor de Guevara Vasconcelos, entonces capitán general de las provincias de Venezuela.”

Uno de los primeros deseos de Humboldt, después que se instaló en Carácas, fué ascender á la silla del Avila. Como los primeros días de Diciembre fueron por lo regular nublados, aguardóse á que el tiempo cambiase. Vasconcelos que no quiso ó no pudo disponer de alguno de sus empleados para que sirviesen al viajero de compañía, limitóse solamente á proporcionar los peones que debían conducir las provisiones y los instrumentos. Verificóse la salida el 2 de enero sin que ninguno de los amigos de Humboldt le acompañaba; ningún hombre de letras, ningún apasionado á las ciencias había querido seguirle en su difícil y penosa ascension. No había en esto nada de extraño en un país, en el cual el estudio de la naturaleza era un enigma y en que no había iniciativa ilustrada de parte del gobierno. El abandono y el indiferentismo obraban á la manera de un tósigo que enerva las facultades físicas é intelectuales del hombre; y lo que en otra situación habría sido un deber, un amor á la ciencia, ó al menos una galantería, había pasado en aquella época como una solemne necesidad. Nadie había, hasta entónces, subido y explorado la montaña, y ménos trepado á la cima. Estaba reservado á Humboldt ser el primer hombre que imprimiera sus huellas sobre las rocas primitivas del gigante de la costa venezolana y clavara sobre su cima el estandarte de la ciencia. Imponente y solitario desde los primitivos días de la historia del globo, aguardaba al hijo de Alemania, quien debía con su martillo de geólogo

herir la cabeza del coloso, medir con sus instrumentos su talla gentil, y penetrar en los secretos que, por tantos siglos, había ocultado á las miradas del hombre.

Humboldt sobre la silla del Avila, dominando con su mirada todos los horizontes é interrogando el cielo y la tierra, se asemeja á aquellos sacerdotes druidas, que teniendo por culto la naturaleza é interpretando la obra de los dioses, conocian las veredas secretas y los lugares en que bajo la sombra del árbol sagrado, debian revelar sus misterios, en medio de la soledad de la naturaleza, á la multitud atónita que los oía.

El Homero de los Andes, así hemos llamado á Humboldt cada vez que en nuestros escritos hemos tropezado con esta gran figura; no es que la imaginación sea el carácter distintivo de sus brillantes facultades, ni que la poesía sea lo único que constituye la estética de sus obras; es que poeta é historiógrafo de la naturaleza no puede concebirse sino como concibió Lamartine á Homero: “el hombre múltiple, resúmen vivo de todos los deseos, de todas las inteligencias; de todos los instintos, de todos los heroísmos del alma; criatura tan completa como puede serlo el barro humano en toda la perfección de que es susceptible.”

Como Homero, Humboldt es único y civilizador; y como Homero se ha creado un culto por todas partes; y cualesquiera que sean los adelantos de la ciencia y el cambio de las observaciones, pues la naturaleza no se deja sorprender de un solo golpe, Humboldt será inmortal, por haber tomado á la paleta de la naturaleza sus colores para pintar el paisaje de Dios, por haber pedido al cielo su luz para crear la ciencia del Cosmos.

Muchos fueron los ofrecimientos y muchos los caballeros que prometieron acompañar á Humboldt en su escursión á la Silla cuando el viaje fué un proyecto; pero desde el momento en que llegó el día fijado, las excusas principiaron y, al fin, los mas resueltos abandonaron la idea; así fué que Humboldt tuvo que subir con Bonpland y los peones conductores de los instrumentos. A su regreso, la misma comitiva que le habia acompañado hasta el pié de la montaña, vino al enéuntro de los viajeros. Un espléndido banquete en la hacienda de Blandin se habia preparado de antemano para obsequiar á Humboldt: allí estaban sus numerosos amigos y admiradores; y los viajeros, aunque fatigados, aceptaron con gusto la nueva prueba de cordialidad venezolana. De los numerosos brindis que se pronunciaron en honra de Humboldt, solo conser-

vamos el siguiente soneto que pronunció el Dr. José Antonio Montenegro, vice-rector en aquella época del Seminario tridentino:

Sábio Barón de Humboldt, que la alta frente  
Del Avila soberbio hoy has pisado,  
Y en su empinada Silla colocado,  
Domínas nuestro vasto continente:

No necesitas, nó, de esa eminente  
Situación para ser por mí admirado,  
Pues de altura mayor en lo elevado  
Te celebra la Europa justamente.

La celestial esfera tachonada  
De luminosos astros, instrumento  
Astronómico forma tu morada:

Allí asombroso te hace el gran talento  
Que dejando la tierra ya humillada  
Te da por mejor silla el firmamento.

La idea es bella, pero los versos son detestables. Montenegro, hombre de luces, adolecía de la manía muy común en aquellos días, de escribir décimas y sonetos para cada fiesta. En la infancia del arte todos creían ser poetas, cuando en realidad solo uno poseía el espíritu de las musas: Andrés Bello, á quien la posteridad debía discernir su corona de triunfo.

En un país como Venezuela, en el cual no se habían visto todavía instrumentos matemáticos, ni ser humano que se ocupara de la historia de la naturaleza, Humboldt y Bonpland debían interesar la curiosidad pública, y aun pasar por visionarios, cada vez que, empujados y cargados de plantas y de rocas, se les veía entrar á la ciudad, después de sus correrías por los montes vecinos, ó de estudiar los instrumentos en los declives y alturas de los cerros. Un día llamaron á su puerta: nó era uno de sus amigos predilectos, ni ménos un campesino cargado de flores ó de ramas, sino una prolongada fila de frailes franciscanos, que presidida por el padre Puerto, el astrónomo del convento, solicitaba permiso del sábio para contemplar sus instrumentos. Humboldt, lleno de bondad, accede al deseo, y tiene la paciencia de dar una prolongada lección de física y de astronomía á los buenos franciscanos que partieron agradecidos á sus celdas.

Mas liberal con sus amigos familiares, conversaba con éstos sobre todos los ramos del saber humano y aun les facilitó muchos extractos de su diario de observaciones, como veremos mas adelante.

Después de los paseos vespertinos, Humboldt recibía visitas, ó

salia para pasar las primeras horas de la noche en la amable compañía de alguna de sus familias predilectas. Silencioso unas veces, como el hombre que está reconcentrado en sus ideas y que observa y escucha para aprender algo; festivo en otras; siempre agradable porque él conocía el arte de hacerse admirar, las horas se deslizaban en medio de la franqueza mas culta. Humboldt habia encontrado en la sociedad de Carácas una civilizacion con fisonomía europea, y este juicio que habia formado desde un principio, lo rectificó, más tarde, ya en sus escritos, ya en sus cartas, cuando considera á Carácas como la primera capital de Sur América y la que habia dejado mas gratas impresiones en su espíritu y en su corazon.

Apesar de vivir en medio del oscurantismo oficial, las familias poseian todas las ventajas de una sociedad adelantada: casas confortables, riqueza efectiva, galantería en el trato, hombres distinguidos por el estudio y la nobleza de sentimientos; el talento natural, que por sí solo se abre camino cuando está acompañado de las gracias sociales; la sólida instruccion que reconocia Humboldt en un grupo de hombres, y las buenas costumbres, en union de la paz de que disfrutaban los espíritus en una época en que no existian las divisiones políticas, todo contribuia á hacer gratos á Humboldt y á su compañero los dias que debian pasar en la capital de Venezuela. España no habia podido dar á su colonia las luces y la libertad política de que carecia, pero le habia arraigado la gentileza en el trato, la hospitalidad digna, esa cultura social y caballerosa, que en toda época es una de las principales virtudes de aquella gran nacion.

Humboldt palpó todo esto desde que llegó á Cumaná, y en una carta fechada en Carácas en 3 de febrero de 1800, dirigida al Baron Forcell, Ministro de Sajonia en Madrid, le dice: “No puedo ménos de elogiar bastante la bondad con que los oficiales del Rei han favorecido nuestras escursiones literarias. Admiro en los habitantes de estos hermosos paises aquella lealtad y hombría de bien que en todo tiempo han sido peculiares á la nacion española. Es cierto que las luces no han hecho aun grandes progresos; pero, en cambio, las costumbres se conservan puras. A cuarenta leguas de la costa, en las montañas de Naguanagua, hemos llegado á posesiones cuyos dueños ignoraban hasta la existencia de nuestra patria. Mas, ¿cómo podré yo pintar con exactitud la hospitalidad cordial con que nos trataron? Despues de haber estado en su compañía solo cuatro dias, se separaban de nosotros como si hubiéramos pasado jun-

tos toda la vida. Cada día me agradan mas las colonias españolas; y si tengo la dicha de regresar á Europa, recordaré con interes y placer los días que paso en ellas."

En los tiempos de Humbolt tenia Carácas un hermoso teatro, que podía contener hasta dos mil espectadores. (\*) Con tres órdenes de palcos, patio exterior y galerías espaciosas para el libre paseo de la concurrencia, presentaba el defecto de tener descubierto el patio interior, lo que obligaba á los espectadores á contemplar los actores y las estrellas, como con tanta gracia decia Humboldt. "Como el tiempo nublado, escribe el sábio, me hacia perder muchas observaciones sobre los satélites, podía asegurarme de antemano, desde uno de los palcos del teatro, si Júpiter estaria visible durante la noche."

He aquí el arte y la astronomía, Moratin y Galileo hermanados en obsequio de Humboldt en el templo de la Talía venezolana. Pero esta fraternidad del arte y de la ciencia dependia casi siempre de la buena ó mala voluntad de un tercer factor; Eolo, quien, en un momento de displicencia podia antojarse de suprimir la función: por esto en los cartelones de aviso impresos no con tipos, sino hechos con cartulina, y los que eran siempre conducidos por las calles de la ciudad con acompañamiento de cajas y pitos y una cola de muchachos gritones, se leia : " SI EL TIEMPO LO PERMITE." Todo podía faltar en los detalles del anuncio, ménos esta frase que se conservó durante muchos años en un país, en que se cree todavía que la lluvia es un obstáculo aun en las mas imperiosas necesidades de la vida.

---

(\*) Esto espacioso teatro estaba situado cerca de la esquina del Conde, frente á la casa actual del señor R. Francia. Su fachada se estendia desde la casa del señor R. Rivas hasta la que ocupa el señor Presidente de la República, teniendo un fondo de bastante estension. En 1800 representaba en este edificio una compañía de actores venezolanos las obras dramáticas del antiguo teatro español y algunas traducciones del frances. En el patio estaban completamente separados los dos sexos, y como la mayor parte de los palcos era de propiedad particular, sucedia, que un gran número de familias acomodadas tenian que ver la función á campo raso. La entrada general no excedia de medio franco, y aunque las compañías de actores eran por lo comun detestables, sucedia que siempre estaba pleno el teatro. Fué el edificio propiedad del Cabildo hasta 1812, en que habiendo quedado en ruinas pasó á otras manos. Pero lo mas singular de las funciones es que nadie se quedaba en sus casas, y que hasta los clérigos asistian á ellas sin ningún escrúpulo.

A fines de 1810 se estrenó en este teatro la compañía francesa Faucompré, primera ópera que visitó á Carácas. Desde 1800 hasta 1812 figuraron como primeros profesores de la orquesta los señores Cordero, que fué el director, Rodríguez, Gallardo, Carreño, Olivares, Landaeta, Meseron, Bórges y Mármol que debió su vida, en la sangrienta toma de Maturin en 1814, á su fagote.

Para aquella época todos los hombres de la revolucion de 1810 principiaban á despertar como espíritus progresistas. Unos habian terminado sus estudios, otros los cursaban todavia. Humboldt, que siempre rindió culto al talento, familiarizóse, desde luego, con unos y otros. Sanz era el alma de aquellos dias embrionarios, en que las ideas de emancipacion principiaban á germinar, como corolario indispensable de las ejecuciones del patriota España, y sus cómplices, llevadas á término de una manera escandalosa por Vasconcelos. Sanz, con el vuelo del águila y el corazon de espartano, era como el núcleo de todas las ideas y el faro de todas las esperanzas. En torno á él, como hombres de letras, Montenegro, los Jugo, Buroz, Roscio, los Paúl, Luis y Javier Ustariz, tan queridos de Humboldt, Escalona, Rosillo, Mendoza, los Montilla, Briceño, Salias, Garcia de Sena, Maya, Rodríguez y otros mas, á cuyo estímulo se levantaban todavia jóvenes, Bello, José L. Ramos, Revenga, Gual, Muñoz Tébar y el futuro obispo de Tricala, en union de las florecientes espigas que debia cegar la guerra á muerte desde 1812 hasta 1820. De esta juventud solo debian nacer los hombres de la Revolucion, los adalides de la guerra magna.—¿Quién debia presidirlos? Con ellos no estaba entónces aquel, que sin que nadie lo previera, debia ser el alma de todas las inspiraciones y el motor de todos los movimientos. En las grandes revoluciones sociales, el genio que debe realizarlas, no se presenta jamas en los momentos problemáticos, en que todo parece augurar un brillante resultado, sino en los dias del conflicto y de las amargas decepciones: son como el rayo eléctrico en medio de la tempestad, que la domina, la vence y sirve de luz á los náufragos, que sin timon y sin guia, zozobran en medio de las olas agitadas.

Bolívar viajaba por Europa, mientras Humboldt espioraba la América; pero tan luego como este regresó á París, en 1804, aquellos dos hombres que todavia no se habian conocido, hubieron de encontrarse. Aguardaba Bolívar la llegada del explorador de los Andes, para principiar con él una amistad que no debia terminar sino con la muerte del primero. Un dia en que Humboldt, en el silencio de su gabinete, se ocupaba de recolectar sus notas de viaje, llamó á la puerta una visita: era Bolívar que venia á presentar sus respetos al sabio, á felicitarle por sus importantes trabajos y á traerle un eco de los recuerdos de Carácas. Era Bolívar un jóven como de veinte años, delgado, de elegantes modales, buena persona, ojos centellantes, conversacion fluida é ilustrada; pero con arranques impetuosos en la discusion, pues tenia una imaginacion



volcánica ó ideas exajeradas sobre los hombres y los sucesos de aquella época.

En la primera visita, despues de los cumplidos y felicitaciones recíprocas, Humboldt fué el primero que se reveló en sus aspiraciones y tendencias. Acababa de realizar uno de sus mas grandes deseos, y se encontraba con la esperanza de emprender un nuevo viaje que enriqueciera la ciencia y le llenara de gloria. Humboldt comunicó á Bolívar sus impresiones sobre Venezuela, el estado de su sociedad y el porvenir que la aguardaba, desde el momento en que el gobierno de España, animado de un espíritu progresista, protejera la instruccion de las masas y abriera el comercio de la colonia á las naciones del mundo. Bolívar secundó las ideas del viajero, y reconcentrándose en las suyas se despidió de Humboldt, ofreciéndole volver.

En efecto, volviéronse á ver por repetidas ocasiones, y en una de estas, provocó Bolívar la cuestion de independencïa de Venezuela. Despues que Humboldt, quien tenia quince años mas que su interlocutor, escuchó con calma las ideas avanzadas del jóven entusiasta, contestó con mucho laconismo: “No conozco el hombre capaz de realizar semejante empresa.” Bolívar no se dió por entendido, y continuando en la discusion, diafanizó al fin sus aspiraciones, y manifestó al sabio, cuáles eran las tendencias que le empujaban.— “Locura! contestó Humboldt, España es bastante fuerte para apagar todo espíritu revolucionario en Venezuela; por otra parte, no existe en los pueblos de Sur América ningun síntoma que indique un cambio radical en las ideas; y las opiniones de un círculo ilustrado, pero pequeño, no pesan sobre la muchedumbre ignorante, aferrada en sus creencias por hábitos seculares. Os aseguro que esto sería una locura y una desgracia en estos momentos.”

Humboldt no habia podido presentir que departía con el futuro Libertador de América.

Despues de haber pasado en Carácas dos y medio meses, Humboldt dejó la capital de Venezuela el 7 de febrero de 1800. ¡Cuán diversas las impresiones que experimentaba al dejarla, de las que habia experimentado al entrar en ella! A su llegada, la ciudad le habia parecido triste y sombría, y su alma se habia penosamente conmovido, como si hubiese presentado la catástrofe de 1812, al decir de uno de sus biógrafos. Al dejarla, llevaba en su memoria los recuerdos de la gratitud, y en su corazon las dulces emociones que le habian hecho placenteros los mas bellos instantes de su vida. En su nueva peregrinacion debia igualmente encontrar espíritus ca-

ballerosos que le colmaran de atenciones delicadas. En el Consejo, en la hacienda Bárrios, le recibe la familia Montero, y Humboldt agradecido á los obsequios que de ella recibiera, se impone el deber de recordar en la relacion de sus viajes al jóven eclesiástico, espíritu ilustrado, que le acompañó hasta La Victoria. “Casi todas las familias, ha escrito Humboldt, con quienes habiamos tenido una estrecha amistad en Carácas, los Ustáriz, los Tovares, los Teros, estaban reunidos en los pintorescos valles de Aragua: propietarios de las mas ricas plantaciones, rivalizaban entre sí para hacernos agradables nuestra mansion en aquellos lugares; y antes de internarnos en las selvas del Orinoco, gozamos por una vez mas, de todas las ventajas de una civilizacion adelantada.”

A los pocos dias abandonaron Humboldt y Bonpland La Victoria, donde habian sido tan obsequiados, y á su paso por la Concepcion se detuvieron algunas horas para dar el adiós postrero á la familia Ustáriz, tan respetable como instruida segun la opinion de Humboldt, y en cuya casa pintorescamente situada sobre una altura, debia el viajero tropezar por una vez mas con una biblioteca de obras escojidas. Allí se despidieron en medio de una efusion amigable los hermanos Ustáriz del grande Humboldt para no volverse á ver. — ¡Cuán diverso el destino que aguardaba á cada uno! Dos de aquellos debian morir en los campos de batalla defendiendo la independencia y la libertad de su patria, pocos años despues, miéntras Humboldt debia contemplar, en los dias de su senectud, todo el resplandor de su *gloria*.

¿Qué recuerdos nos quedan de Humboldt? ¿Qué documento, qué objeto, qué carta que podamos conservar, con el respeto que inspira su memoria? Todos sus amigos han bajado al sepulcro, y de la generacion que él dejó en la infancia no quedan sino restos octojenarios que le recuerdan entre sombras. — ¿Qué hemos hecho por nuestra parte, de qué manera hemos contribuido para avivar, durante su prolongada vida, el recuerdo de las impresiones que recibiera en nuestro suelo?

Grato, y mui grato, era á Humboldt hablar de Carácas y de Venezuela, cuando alguno de los venezolanos que visitaban á Berlin, en pasada época, solicitaba un permiso del Néstor de la ciencia, para ofrecerle un saludo en nombre de la patria. Lleno de benevolencia, el anciano recibia la visita y al instante se despertaban en su memoria los recuerdos de Carácas. Ya hablaba con veneracion de Bolívar, á quien llamaba *su viejo amigo*; ya preguntaba por los hijos de sus amigos predilectos; conocia todos los sucesos de nues-

tra historia magna y la mayor parte de los hombres que en ella se habian sacrificado. Los pormenores de las localidades y sitios campestres los recordaba con una frescura admirable, y con frecuencia preguntaba, ya por los olivos del convento de San Felipe, ya por las ceibas de Cariaco, el fortin de la Cruz en el camino de la Guaira ó por el gigantesco saman de Güere.

Allá, á lo léjos, en el camino, entre Turmero y Maracai, se encuentra un coloso de las selvas: es el saman de Güere ó el árbol de Humboldt, como lo llama un viajero moderno. Un dia, dos años antes de morir el anciano, Pablo de Rosti, que acababa de visitar á Venezuela, quiso obsequiar á Humboldt con un album de fotografias que habia sacado sobre los lugares, y entre las cuales se encontraba una vista del saman de Güere, tomada en 1858. Humboldt principi6 á contemplarlas lleno de emocion; pero cuando llegó á aquella en que se ostentaba, en toda su belleza, el hermoso árbol, llevó una de sus manos á la frente, como queriendo borrar la imágen de un recuerdo doloroso. Al instante los ojos del anciano se llenaron de lágrimas, y en presencia de aquel dibujo que despertaba en su memoria las dulces impresiones de su primera juventud y el recuerdo de Venezuela, dijo al viajero: "Ved lo que es de mi hoi; y él, ese hermoso árbol, está lo mismo que lo ví ahora sesenta años: ninguna de sus grandes ramas se ha doblado; está exactamente tal como lo contemplé con Bonpland, cuando jóvenes, fuertes y llenos de alegria, el primer impulso de nuestro entusiasmo juvenil embellecia nuestros estudios mas serios."

A despecho del tiempo, el árbol de Humboldt se conserva. Tres siglos han pasado desde que el hombre europeo pisó el suelo de Venezuela, multitud de generaciones se han sucedido y él está aun de pié. Asistió á las guerras de la conquista y al triunfo de los conquistadores, y á la fundacion de los pueblos, y á las primeras luchas de la libertad: saludó á Humboldt y fué testigo de la guerra magna y del triunfo de Bolívar y ha sido despues el impassible observador de nuestras guerras civiles y de nuestras luchas democráticas. Hombres y acontecimientos se han sucedido y él está todavia firme, como el representante del pasado; ya encanecido por los años, pero aun corre por sus venas la sávia de la primavera eterna; porque él debe vivir para asistir al centenario de Bolívar en 1883, y despues al de la Revolucion en 1910, y continuar en su vida de patriarca hasta que al tiempo plazca entregar al fuego y al viento sus despojos y dejar su prole á las generaciones del porvenir.

¿Qué poseemos de Humboldt? De sus instrumentos uno quedó

en Venezuela: una brújula que por olvido ó de regalo dejó el viajero en la hacienda Bárrios, cerca del Consejo, propiedad de la familia Montero en aquel entonces, y la cual obsequió á Humboldt en su paso por los valles de Aragua. (\*)

De los extractos del Diario de observaciones de Humboldt han llegado á nuestro poder tres copias que tienen la fecha de enero de 1800. La uniformidad de los datos sobre el termómetro, barómetro, alturas, declinación de la aguja magnética, longitud y latitud, oscilación del péndulo, mareas atmosféricas, humedad del aire, etc., etc., revela que todos fueron tomados de una misma fuente. En una de las costas, sin embargo, encontramos una nota sobre el aire vital, al hablar del viento de Catia que reproducimos á continuación.

“El aire vital es el que sostiene la vida, y el letal el que la destruye, por eso se le dá este nombre. Así los países mas saludables serán aquellos que tengan mas aire vital.

“El viento de Catia tiene mas riqueza por venir del mar, donde se impregna de muchas partículas nitrosas que son las que constituyen lo saludable del aire vital; y aunque es cierto que á las personas de complexión delicada suele proporcionarles esta corriente dolores de cabeza ó reumatismo, esto no proviene sino de la impresión demasiada activa que ejerce un aire tan rico, sobre nervios delicados ó poco vigorosos, especialmente si no están acostumbrados á recibirlo. Por lo tanto, el viento de Catia, aunque con su riqueza vital produce ligeras incomodidades, es en realidad el que contribuye á sostener la vida, sobre todo en la temperatura de Carácas, y debe recibirse con la boca abierta, como decía un sabio de este país y conviene en ello el Barón de Humboldt.

“En las montañas á cierta altura, ya por la mayor proximidad al mar ú otros accidentes, hai en muchas ocasiones mas aire vital y es mas puro que en los valles y llanos; pero en las mismas montañas, si son muy elevadas, es menor la cantidad de aire vital, como sucede en el pico de Teide, la cual escaseando á medida que se asciende, llega un momento en que no puede sostenerse la vida. Por esto en los montes muy elevados se respira con dificultad y algunos sucumben.”

Pertenece esta nota al señor Rodríguez de Cosgaya, secretario de Vasconcelos en aquella época. Relacionado muy directamente

---

(\*) Esta brújula debe hoy encontrarse en poder de los herederos del señor Domingo Monzon, en La Victoria.

con Humboldt, y hombre de luces, hubo de aprovecharse de su contacto frecuente con el ilustre explorador. Rodríguez de Cosgaya fué en toda época un hombre de sano criterio y de ideas fijas. Sirvió á España con lealtad, y habiendo tenido por esposa una hija de Sanz, favoreció á su suegro sin faltar á sus deberes, y continuó en Venezuela, despues de perdida la causa española, no legando, en su muerte, á su familia, sino un nombre digno y honorable.

Despues de su salida de Carácas, Humboldt se comunicó con Vasconcelos, desde Barcelona, á su regreso del Orinoco, y mas tarde, durante su permanencia en Cuba, Nueva Granada y Perú con sus amigos Ustáriz, Ibarra, Tovar, Toro y con Sanz, de quien habia recibido cartas de recomendacion para el sabio español Mútis en Nueva Granada. Fundada Colombia, Humboldt reanudó su amistad con Bolívar, y felicitó á la patria y al caudillo insigne que habia realizado la emancipacion de la América.

De toda esta correspondencia nada nos queda hoy: la vorágine revolucionaria se llevó los hombres y las cosas, y los archivos públicos y privados fueron devorados por la incuria y por el tiempo. Algo, sin embargo, ha podido salvarse del naufragio; la interesante carta de Humboldt á Vasconcelos, fechada en Barcelona en Diciembre de 1800, conocida ya del mundo europeo, y las siguientes inéditas que todavia no conoce el público y que una casualidad ha hecho llegar á nuestro poder, despues de haber estado guardadas setenta y dos años. La primera es la carta dirigida al Dr. José Antonio Montenegro; resumen de opiniones verbales dados por Humboldt sobre las materias que en ella se espresan. Hela aquí:

“ Carácas, Enero de 1800.

Al señor Dr. José Antonio Montenegro.

“ Mui apreciado amigo.—Me ha encargado U. le dé por escrito, el resumen de las ideas que tuve la honra de esponerle sobre la cátedra de matemáticas que el consulado acaba de dotar en esta ciudad. Deseando sobremanera el progreso de las ciencias que cultivo, voi á cumplir su encargo con toda la franqueza con que un hombre de letras debe esplicarse.

“ La provincia de Carácas es uno de los paises mas bellos y mas ricos en producciones naturales, que se han conocido en ambos mundos. Deséase instruir la juventud, no solamente, en las matemáticas, segun los principios elementales, conforme á los cuales se divide y mide un terreno ó la altura de una montaña ó se construye una máquina; sino que se pretende igualmente comunicar los

conocimientos relativos á la agricultura y á las artes, al modo de beneficiar el añil, azúcar, café, fabricar ladrillos, &, &. Solicitase un profesor á quien se pueda recurrir para tomar de él la instruccion necesaria en lo relativo á la utilidad que pueda sacarse de una produccion vejetal, del jugo de una raiz, y sobre el valor de un mineral que se descubre. He aquí las ideas que han conducido á los sujetos respetables que han contribuido á dotar la nueva cátedra. Para llenar pues los deseos patrióticos de estos mismos señores es necesario distinguir entre el fin que se proponen y la eleccion de la persona que para ello ha de solicitarse.

“Apénas habrá dos ó tres hombres en la Europa que puedan, á un mismo tiempo, desempeñar un curso de química (Física química), y de matemáticas. El sabio que es instruido en la construccion de una máquina no sabe discurrir sobre el añil: y tan raro es el que estas dos cosas se hallen reunidas en un solo hombre, como encontrar en un abogado un buen médico. Me parece pues que seria mui útil dotar, á un mismo tiempo, dos cátedras en lugar de una, constituyendo un profesor de *Matemáticas* (mecánica, arquitectura rural, fortificaciones) y otro de *Química* ó Física experimental. Los miembros del Instituto nacional de Francia no tienen sino ochocientos pesos por año. No siendo mui subido el precio de los víveres en esta ciudad, juzgo que con aumentar la cantidad en cuatrocientos pesos se conseguirian dos profesores, de los cuales, cada uno tendria la renta de mil doscientos pesos; pension mui buena y bastante apetecible. Sin embargo, en el caso de que absolutamente no se quiera mas que un solo profesor, me parece, *atendiendo á las necesidades de la Provincia*, que un profesor de Química y Física aplicada á las artes y á la agricultura es mucho mas necesario que el profesor de Geometría, especialmente cuando no faltará en esta ciudad algun sujeto instruido en las matemáticas elementales para enseñar la juventud.

“En cuanto á la eleccion del sujeto que ha de ser el maestro ó profesor, seria una cosa mui irregular el abandonarla á la casualidad, dejando en manos de alguno, que ocupado de asuntos mas importantes, y separado de los sabios del pais, encargase un negocio como este á personas capaces, quizá, de obrar por intereses personales. La España tiene al presente, en Química, tres hombres de primer rango, á saber: el profesor Proust, residente en otro tiempo en Segovia, y ahora en Madrid, calle del Turco, fábrica de cristales, Don N. Fernández, ensayador de la Moneda Real, y Don Juan Manuel de Areyula, en Cádiz.

“ Para la eleccion de un profesor de Química es necesario ocurrir al profesor Proust, miembro del Instituto nacional de Paris, quien goza de una particular proteccion del señor Don N. Urquijo. Aquel es un caballero mui amigo de servir y uno de los primeros químicos de Europa. Será necesario hacerle presente la necesidad de la provincia, esto es, la *química aplicada á las artes*, y suplicarle ejercite, durante algunos meses en su laboratorio á la persona que escojere.

“ Por lo que toca á las matemáticas y á la mecánica se deberá consultar al caballero Bétancourt, quien goza de una gran reputacion en Francia y en Inglaterra, (vive en el Buen Retiro), ó á Don José Chai, profesor del cuerpo cosmográfico, en el cual tiene ya formados escelentes discípulos.

“ Pero estos sujetos serán desde luego inútiles si vienen sin instrumentos. Es indispensable que traigan un pequeño aparejo químico de los conocidos: balanzas, barómetros, termómetros, higrometros &. Por seiscientos ó mil pesos puede conseguirse una bella coleccion de ellos.

Acceptad & &.

HUMBOLDT.”

Esta carta nos ratifica en la necesidad que tenemos, hace setenta y tres años, del estudio de las ciencias en sus relaciones prácticas con las artes é industrias del país.

La otra carta inédita que poseemos es la dirigida por Humboldt desde Huayaca (Perú) á su jóven amigo Domingo Tovar y Ponte, hijo mayor del conde de Tovar. Humboldt tenia un motivo particular de consideraciones para con esta familia. A su llegada á Carácas, y antes que el capitan general Vasconcelos encontrase la casa dondo debia instalarse el recomendado de la corte de Madrid, el conde de Tovar, anciano venerable, habia ofrecido su palacio en la esquina de las Carmelitas, y esto motivó el que Humboldt principiase desde el instante en que llegó á Carácas, á tratar á toda la familia del señor Tovar, la cual colmó de atenciones á los viajeros, durante los pocos dias en que todos vivieron bajo un misma techo.

Esta interesante carta es la siguiente.

“ Huayaca, Agosto 2 de 1802.

Señor Don Domingo de Tovar y Ponte.

“ Mui señor mio y de todo mi respeto.—No sé si estas líneas tendrán la misma suerte que otras que, en diferentes ocasiones, desde

la Habana, Santa Fé y Quito he dirigido á nuestros carísimos amigos don Fernando Toro, don Javier Ustáriz y á U., mi querido Domingo. Nunca he tenido la mas pequeña contestacion, ni de UU. ni de Cumaná. Estoy léjos de pensar que todos nuestros amigos nos han olvidado; (pensamiento que me aflijiria amargamente) pero creo que la rapidez de mis viajes me ha impedido recibir las cartas de UU.

“A cualquiera distancia á que me halle, nos recordaremos Bonpland y yo, con tiernos agradecimientos de las bondades y de la generosa franqueza con la cual la respetable casa de UU., los sabios y amables Ustáriz y la familia del marques del Toro se han servido recibirnos. ¡ Con cuánta distincion hemos sido tratados en la Habana, en Cartajena de Indias, en Santa Fé de parte del señor Virei y del Dr. Mútis, (en cuya casa hemos vivido en Popayau) y en Quito donde gobierna una persona igualmente instruida, amable y virtuosa, el Baron de Covondelet. Cuántos motivos digo, tenemos para estar agradecidos á los buenos americanos en todas las partes de nuestro tránsito ! *Con todo, no hai lugar del cual nos recordemos con mas gusto que de la bella ciudad de Carácas, la que por su situacion pintoresca, su temple, sus edificios, y particularmente, por la civilizacion intelectual y finura del trato social merece el lugar mas distinguido entre las capitales del Nuevo Continente.*

“Como ignoro cuáles de mis cartas anteriores han llegado á manos de UU. y de nuestros carísimos amigos, temo fastidiar á UU. con narraciones repetidas de nuestra espedicion. UU. saben que despues de una demora de tres meses en la isla de Cuba (donde he construido hornos de reverbero que han tenido mucha... (\*) en las haciendas del conde Jaruco), hemos determinado surcar el mar del Sud, para incorporarnos á la espedicion del capitan Baudin, la que por falsos avisos, se decia, haber salido por el Cabo de Hornos. La navegacion de Batabano á la Tierra firme era de cuarenta dias, y mas peligrosa todavia que los nortes que hemos corrido desde Cumaná á la Habana. Despues de una corta demora en el Darien, tierra no pisada por ningun naturalista, hemos llegado á Cartagena, donde he confrontado mis trabajos con las bellisimas operaciones de Fidalgo, hallándonos en una admirable armonia, desde la costa de Paria hasta la punta de San Blas de Puerto Bello.

“El deseo de ver de cerca al ilustre Mútis nos ha obligado á preferir el penoso y costoso viaje del rio de la Magdalena (cuyo

---

(\*) Parece faltar la palabra *acceptacion*.

plano he levantado en cuatro hojas como el del Orinoco, Rio Negro, Casiquiare y Atabapo,) al de Panamá. Infinitos han sido los frutos que hemos sacado de este dilatado viaje en el Nuevo Reino de Granada, la provincia de Popayan y la de los Pastos.

“La botánica, la astronomía y la geografía astronómica han sido igualmente enriquecidas. ¿Quién percibía que la civilización americana está tan adelantada, que en la última tula, Popayan, hemos visto mas instrumentos y encontrado mas conocimientos, que en la Habana? ¿Qué en Popayan hai cuadrantes y un D. Carlos que observa los satélites de Júpiter!

“La cordillera de los Andes es una suave márjen en la cual vivimos hace mas de ocho meses. Seis solamente hemos dedicado al estudio de los volcanes de Quito. ¿Creerán UU. que á fuerza de paciencia hemos llegado no solamente quinientas toesas mas alto que La Condamine, sino casi á la misma cumbre del Chimborazo, á tres mil quinientas toesas, de modo que no faltaban mas que doscientas para llegar á la cima?

“Despues de haber registrado las provincias de Cuenca, y las de Loja, tomamos el rumbo por Jaen de Marañon. De aquí fuimos por la cordillera á los minerales de Chota y Casca, Suarca, Trujillo y Lima.

“Una carta mui fina que hemos tenido de la academia de Paris en el mismo dia eu que he medido el cráter del Pichincha (que tiene setecientas cuarenta y dos toesas de diámetro) nos ha anunciado que el capitán Baudin ha ido del Oeste al Este y está en Filipinas, pasando el Cabo de Buena Esperanza. Continuaremos entonces solos nuestra expedicion por Acapulco y Méjico, donde estaremos en Febrero de 1803. Como Baudin ha visitado las Filipinas y ya mis instrumentos principiaron á sufrir, en un viaje que dura ya tres años, pienso regresar á Méjico, por la Habana á España.

“Nuestra salud ha resistido perfectamente á tanta mutacion de climas.

“Bonpland y el célebre Cruz han tonido calenturas, mientras yo no he sentido hasta ahora ni un dolor de cabeza.

“He hecho venir de mi casa diez mil pesos por la Habana; de modo que con abundancia de dinero y salud, las dos virtudes cardinales, lo hemos pasado grandemente hasta este dia.

“Espresiones á los Ustáriz, Toros, etc. etc.

HUMBOLDT.”

¡Cuanto honra semejante carta á su autor y á Venezuela! Las opiniones confidenciales, íntimas, aquellas en que el corazón se refleja en su expansión espontánea, franca y noble, encierran siempre una elocuencia que excede á cuanto se escribe en los libros ó relatan los labios en presencia de los grandes auditorios. Cuanto ha dicho Humboldt en elogio de Venezuela, veinte años después de su viaje, al publicar sus obras, estaba ya consignado en su correspondencia amistosa; en los días en que las gratas impresiones que había recibido, conservaban todavía esa virginidad perfumada que no desaparece sino más tarde, cuando nuevas impresiones y los acontecimientos de la vida que nos llevan en una corriente, sobre la cual flotamos, nos hacen perder la memoria y aun el sentimiento que es el bello ideal de la gratitud.

Nos queda aun de Humboldt una carta muy interesante, que aunque publicada ahora treinta y dos años, no la conoce la actual generación: nos referimos á la carta de congratulación que escribió el sabio al coronel Codazzi, felicitándole por sus importantísimos trabajos sobre la geografía de Venezuela.

La comisión corográfica é histórica nombrada por el gobierno de la república y compuesta de los señores coronel Codazzi, Baralt y Diaz se instaló en París, para realizar los trabajos, á mediados de 1840. No fué sino en 1841, en la sociedad de Geografía, donde los comisionados tropezaron con Humboldt, quien acabado de llegar de Berlín, estudiaba los mapas de Codazzi en unión de los señores Arago, Savary, Elie de Beaumont y Boussingault, nombrados por el Instituto de ciencias para dar su opinión sobre la materia. Desde el momento en que los comisionados se pusieron en relación con Humboldt, éste pareció trasportarse á los días en que había visitado á Venezuela en 1800. Aparte de las discusiones científicas que tenía Humboldt con Codazzi en la sociedad de geografía, las cuales fueron animadas, pues los trabajos del geógrafo de Venezuela estuvieron sometidos á riguroso examen, Humboldt, puede decirse, que instaló su tertulia en la casa de los comisionados, calle de Hedler, número 16. Con mucha frecuencia almorzaba con éstos, y la conversación tenía que versar sobre el pasado y el porvenir de Venezuela.

Humboldt no se había olvidado ni de los lugares ni de los nombres y familias de la época en que visitó á Caracas. Los comisionados se admiraban de ver, como Humboldt conocía con más exactitud que ellos, todos los lugares, sitios y veredas de la cordillera del Avila, y hablaba de esta como si la tuviese á la vista. El anciano

no habia olvidado ninguna de las numerosas familias á quienes habia tratado, y en muchas ocasiones, llegó á preguntar por algunas que habian desaparecido por completo, y de las cuales no tenian la mas pequeña idea los venezolanos de la comision: tal ha sucedido con las familias Lecumbérrí, Marron, Uroza, Veroes, Urbina, Sojo, Aguado, Colon, Suárez, Arginsones y otras.

La conversacion de Humboldt versaba, por lo general, sobre sus aventuras en el Orinoco y resto de América. No se cansaba de elojiar la sociedad de Carácas, á la cual reputaba como la primera de Sur-América, por su hospitalidad, modales cultos y talento natural. Recordaba los amigos que le habian obsequiado y hablaba siempre con ternura de los hermanos Ustáriz y sobre todo de Javier, cuya desgraciada suerte y la de uno de sus hijos, sacrificados por la horda del feroz realista Morales, en 1814, compadecia vivamente. Recordaba al señor Carlos del Pozo, en Calabozo, y ponderaba la constancia de este escelente sujeto, quien sin estímulo y sin medios se habia dedicado, sin tener maestros, al estudio de la física, en una época en que aspirar á la ilustracion parecia un atentado á la paz de la colonia.

Y ya que nombramos al señor del Pozo, séanos permitido relatar un incidente gracioso que llenó de satisfaccion á Humboldt al siguiente dia de su llegada á Calabozo. Uno de los mas vehementes deseos que tuvo el viajero al instalarse en esta ciudad de los Llanos, fué el de conocer y estudiar los gymnotes ó anguilas eléctricas, conocidas por los llaneros con el nombre de tembladores. Como Humboldt se puso, desde el momento en que llegó á la ciudad, en relacion con el notable físico, este, para corresponder los deseos del viajero, le invitó á que fuese al siguiente dia á visitarlo. Mui temprano el señor del Pozo se hizo traer uno de los animales al cual pudo, no sin gran trabajo, atarle en la cola un alambre que puso en comunicacion con la puerta de la sala en que debia recibir á Humboldt. Preparada la sorpresa, encargó á su criado que cuando llegara un extranjero á quien tenia invitado, no se olvidara de recomendarle que golpeará con la aldaba la puerta de la sala.

Humboldt se presentó á la hora convenida y notificado de lo que debia hacer, toma la aldaba y llama á la puerta; mas ¡cuál fué su sorpresa cuando al instante recibe una descarga eléctrica que le echa por tierra! Repuesto del choque se levanta, y lleno de sonrisa esclama: “Bien, mui bien, he conocido los efectos primero que la causa.” Entónces apareció el señor del Pozo, quien estrechando la mano de su ilustre huésped, le conduce á la sala para que cono-

ciera al importuno que sin dejarse ver le habia sorprendido.

“El dia en que se escriba la historia de las ciencias en Venezuela, ha dicho uno de nuestros mas aprovechados hombres de ciencia, habrá de formar capitulo aparte este hombre verdaderamente extraordinario, á quien encuentra Humboldt en Calabozo en medio de máquinas eléctricas, electróforos, electrómetros, y una multitud de otros aparatos é instrumentos, que formaban en el centro de nuestras sabanas un gabinete casi tan completo como el de un fisico europeo; todos construidos por él mismo sin haber visto antes ningun otro semejante. A don Carlos del Pozo debe la ciudad de Calabozo los para-rayos que la circundan, montados por él, poco despues de haber llegado á sus manos las “Memorias de Franklin sobre la electricidad.” (\*)

Humboldt, satisfecho de la ciencia del señor del Pozo, escribió á la Corte de Madrid, pidiendo premiase á un hombre tan meritorio con un destino de importancia. Accedió gustoso el gobierno español y puso al recomendado en libertad de elejir el destino que fuese de su agrado; pero tan modesto anduvo el sabio venezolano que se contentó solamente con el de Administrador de Propios de Calabozo (hoi Rentas municipales). (\*\*)

A proporecion que las páginas de la historia de Venezuela estuvieron listas para ser entregadas á la prensa, Humboldt se hacia leer por Baralt capítulos enteros, y entónces el anciano interrumpia á cada instante la lectura con exclamaciones de sorpresa y de júbilo. Los incidentes de la vida de Bolívar, sus desgracias y victorias, la tenacidad de los pueblos, los combates sangrientos, la lucha á muerte, el valor encarnizado de dos partidos, que de la vida pacífica se habian lanzado, sin práctica y enseñanza, á la vida militar; todo esto despertaba en Humboldt un entusiasmo del cual no podian darse cuenta.—“¿Cómo es posible, esclamaba con frecuencia, que un pueblo á quien yo habia juzgado como inocente en materia de guerra, haya podido levantarse á esa altura? Sin duda alguna, ese es el pueblo mas belicoso del continente, y esta realidad que desvanece por completo las opiniones que sobre él habia formado, me ha-

(\*) Agustín Aveledo. Observaciones meteorológicas durante el año de 1871.

(\*\*) No conocemos los pormenores íntimos de la estadía de Humboldt en las rejiones de Cumaná, Carabobo, Barcelona y lugares del Orinoco. Seria de desear que los escritores de cada uno de estos Estados recojieran las noticias que aun se conservan acerca del ilustre sabio en su viaje á Venezuela. Una anécdota, una frase, un concepto, todo tiene interes en la carrera de este hombre ilustre; la historia al consignar en sus páginas todos los incidentes de una vida tan gloriosa rinde un homenaje á la verdad. Tal es el destino de los grandes hombres.

ce amarle mas y admirarle en sus nuevos destinos. ¿Quién me hubiera dicho que mi viejo amigo Bolívar iba á cubrirse de una gloria que es ya inmortal?” Y como supiera que la Comision ajenciaba el envio á Carácas de muchos objetos para los funerales del Libertador en Diciembre de 1842, Humboldt exclamaba “cuánto siento no poder estar en Carácas, para acompañarle en su paseo triunfal por las calles de esa ciudad para mí tan querida.”

Humboldt tenía un motivo para juzgar inocentes, en materia de guerra, los pueblos de Venezuela : es la siguiente anécdota que habia dejado consignada en sus viajes y que no se cansaba de recordar en sus conversaciones con los historiadores de Venezuela. Referia el viajero que, al llegar á Turmero, la milicia del pueblo, obedeciendo las órdenes de Vasconcelos que queria tenerla en todos los pueblos en constante ejercicio, celebraba un simulacro de batalla. Combatian como adversarios los batallones de Turmero y La Victoria, y como en todo simulacro hubo de haber fuego, detonaciones, pólvora y sol. Un teniente de milicias, conocido de Humboldt, decia á este despues de terminada la batalla, que se le habia tenido al sol durante cuatro horas sin haber permitido á sus esclavos que le abrigaran con un paráguas; pero, que lo que mas le habia sorprendido era el haberse visto rodeado de fusiles que podian haber reventado á cada instante.” “; Cómo los pueblos que parecen mas pacíficos toman de pronto hábitos guerreros!” esclama Humboldt. veinte años mas tarde, cuando publicaba sus viajes. “Sonreia entónces en presencia de una timidez que se anunciaba con un candor tan natural, agrega, y doce años despues, aquellos mismos valles de Aragua, los llanos pacíficos de La Victoria y Turmero, el desfiladero de la Cabrera y las fértiles orillas del lago de Valencia, fueron el teatro de los combates mas sangrientos y encarnizados entre patriotas y realistas.”

No puede concebirse la familiaridad que se estableció entre Humboldt y los comisionados, sino escuchando á uno de estos, que actualmente vive, nuestro respetable amigo el señor Ramon Díaz. Aquella colonia de venezolanos, entre la cual estaba la familia del coronel Codazzi, se encontró durante algunos meses presidida por Humboldt; y hubo dias en que pasada la hora del almuerzo, todos se preguntaban si vendria el venerable anciano, cuando de pronto aparecia este en la sala, llenos sus labios de benévola sonrisa.

Como Humboldt habia llegado á Paris en los últimos meses que pasó en aquella capital la comision corográfica, no pudo estampar su firma en el informe luminoso que habian ya dado al coronel

Codazzi la comision de sabios nombrada por el Instituto. Contentóse entónces con pasar al geógrafo de Venezuela la siguiente carta de felicitacion, un mes antes de que aquel regresara á Venezuela, en union de los señores Baralt y Díaz.

“ En Paris, á 20 de Junio de 1841.

“ Señor Coronel : no puedo ver partir á U. para ese pais que me ha dejado tan gratos recuerdos sin renovarle la espresion de mi grande y afectuosa consideracion. Los trabajos geográficos de U. abrazan una inmensa estension de tierra : y ofrecen á la vez los pormenores topográficos mas exactos y medidas de alturas tan importantes para la distribucion de los climas, que harán época en la historia de la ciencia. Dulce es para mí haber vivido bastante para ver terminada una empresa vasta que, ilustrando el nombre del coronel Codazzi, contribuye á la gloria del Gobierno que ha tenido la sabiduría de protegerle. Lo que yo tenté de hacer en un viaje rápido, estableciendo un conjunto de posiciones astronómicas é hipsométricas para Venezuela y la Nueva Granada, ha hallado, señor, por las nobles investigaciones de U., una confirmacion y desarrollo que exceden á mis esperanzas. Miembro de la Academia de ciencias, habría firmado con placer, si hubiera estado en Francia, el excelente informe que dos de mis mas íntimos amigos (los señores Arago y Boussingault) han hecho sobre la carta de U. y sobre las obras históricas y geográficas destinadas á ilustrarla.

“ La fundacion de un pequeño observatorio en Venezuela, dotado con el pequeño número de instrumentos sobre los cuales reposan hoi todos los trabajos de astronomía práctica, seria de una grande importancia para la ciencia. Las estrellas del cielo austral, entre las cuales se han observado recientemente cambios de intensidad tan notables ; observaciones de declinacion magnética hechas en las mismas épocas que en Europa para examinar el isocronismo de las perturbaciones (la estension, por decirlo así, de las *tempestades magnéticas*), y algunas investigaciones sobre *estrellas filantes* en los dias notables de 10 de Agosto y 13 á 15 de Noviembre, darian una grande importancia á ese poco costoso establecimiento. El señor Arago se haria un placer y un deber de dar á U. sus consejos, y aun de proporcionar el jóven astrónomo que el Gobierno podria colocar á la cabeza del pequeño observatorio de Venezuela.

“ Suplico á U., señor, acepte la espresion renovada de mi viva gratitud y de mis sentimientos mas afectuosos.”

ALEJANDRO DE HUMBOLDT.

P. S.—“Cuando se trata de un objeto científico las pequeñas consideraciones de vanidad local deben ser puestas de un lado. La capital (Carácas) no puede ofrecer un clima favorable á las observaciones, y es por eso que Cumaná por su cielo admirablemente puro y las pocas lluvias merecería la preferencia sobre Valencia, Calabozo y aun Coro. Antes de escojer el capitán Herschel queria ir á Cumaná. ¿Deben temerse en Cumaná los temblores de tierra mui frecuentes?” (\*)

Ningun juicio mas honorífico podria agregarse á los que sobre la obra de Codazzi emitieron el Instituto de Ciencias y la Sociedad geográfica de Paris, que estas líneas de Humboldt. Ellas son bello gaje para Venezuela, la primera en la guerra y la primera en la paz, para realizar una empresa civilizadora que se ha llevado á término, en otros países de Sur América, muchos años despues. Los trabajos de Codazzi son el mas brillante corolario que podian tener los de Humboldt, y todas las ovaciones hechas á su memoria, en nuestra patria, no habrian tenido á los ojos del sabio una significacion mas elocuente que una obra que el pudo estudiar en sus detalles, aplaudir en sus miras y sellar con su nombre inmortal.

Llegamos al fin de estas pájinas.—Cuando algun dia se publique el LIBRO DE HUMBOLDT, donde se consignent las espresiones de los diversos pueblos sobre el hombre ilustre que nos ha servido de tema: cuando se soliciten los mas pequeños incidentes de aquella vida laboriosa y fecunda, y se aglomeren los materiales para el monumento que le levantarán las generaciones del porvenir, entónces estas pájinas tendran cabida. En nuestro entusiasmo por el hombre hubiéramos ambicionado ser de los artífices de la obra y contribuir al relieve de la gran figurá que se ajiganta con el tiempo; mas solo nos ha sido concedido depositar un grano de arena, pero espresion purísima de nuestro amor á lo bello y á lo grande en su mas elevada síntesis: la naturaleza, la patria y la ciencia.

Carácas, Marzo de 1874.

---

(\*) Esta carta fué publicada en “El Liberal” de 4 de Agosto de 1841.



1002166302

Excm. Sr. D.  
Leocadio Lopez de  
Ayala

